

AGUILAR PERDOMO, M. R. (2022). *Jardines en tiempos de los Austrias. De la ficción caballerisca a la realidad nobiliaria*. Madrid: Centro de Estudios Europa Hispánica, 496 pp. ISBN: 978-84-18760-06-8.

La historia de una sensibilidad. Bajo esta clave puede comprenderse uno de los más recientes libros de la colección Confluencias del Centro de Estudios Europa Hispánica, *Jardines en tiempos de los Austrias. De la ficción caballerisca a la realidad nobiliaria*, escrito por María del Rosario Aguilar Perdomo, doctora en Literatura medieval española por la Universidad Complutense de Madrid y actual profesora de la misma área en la Universidad Nacional de Colombia en Bogotá. El libro reconstruye el panorama de la jardinería española del siglo XVI desde una óptica, podría decirse, cervantina: el conflicto entre historia y poesía, entre realidad y ficción. En cada uno de los tres capítulos que componen la obra, el lector visita jardines reales y vergeles de papel en un delicado juego dialéctico del que la autora saca el mayor provecho posible, con el único objetivo de poner en primer plano los intrincados nexos entre las prácticas jardineras de los nobles y sus correlatos literarios caballerescos, el género predilecto de don Quijote.

Para ello, Aguilar Perdomo recurre a un sinnúmero de tipologías documentales que le sirven de fuentes. Libros de caballerías, cartas, cuentas de gastos, frescos, miniaturas e iluminaciones de manuscritos, diarios de viajes, crónicas, descripciones de ciudades, tratados de medicina, de agricultura y arquitectura,

entre otros, son hábilmente analizados y tejidos por la autora. El punto de partida es un mosaico fragmentado que, conforme avanza la prosa, va paulatinamente reconstruyendo en la imaginación de los lectores aquellos jardines desaparecidos, así como sus usos y sentidos y, por supuesto, su concreción literaria en la ficción caballerisca. La disección es cuidadosa y crítica. Sabe bien la autora que «sería ingenuo darle a la literatura caballerisca un valor testimonial riguroso» (p. 37). El diálogo entre las fuentes da cuenta de una intensa conexión entre realidad y ficción, lo que lleva a Aguilar Perdomo a plantear que no existe una relación causal entre la jardinería histórica y la literaria sino una alimentación mutua, al tiempo que esta última se debate entre mostrar una mayor sensibilidad a los fenómenos circundantes o preferir los tópicos retóricos a la hora de describir los espacios de verdor.

La introducción funge como preámbulo conceptual y contextual. El lector encuentra algunas claves históricas e interpretativas relacionadas con el jardín, entendido como evocación del paraíso perdido, como microcosmos particular, como manifestación del artificio e ingenio humano y, más tardíamente, como palacio fuera de palacio (categoría abordada por la autora en trabajos previos). Así, el jardín de la temprana Modernidad se configura como objeto de estudio tangible e intangible a la vez, multiforme y proteico. Se trata de una arquitectura parlante que refleja todo tipo de intereses de quienes promueven su construcción: ideológicos, políticos, culturales, estéticos, etc. Aguilar

Perdomo rastrea las herencias que influyeron en el concepto de jardín y su materialización histórica en la España de los Austrias, a pesar de una ausencia de la tratadística jardinera para el período estudiado. De la tradición clásica a los huertos hispanomusulmanes, de los exuberantes vergeles napolitanos y florentinos a las extrañas invenciones de los jardines ingleses y flamencos. Luego de este panorama teórico e histórico, la autora da entrada al grueso de su libro.

La primera entrega vincula los jardines históricos y sus correlatos literarios en la prosa caballeresca quinientista. El capítulo, titulado *Las prácticas jardineiras de la nobleza española y los libros de caballerías*, parte de la realidad a la ficción y regresa de la ficción a la realidad. De esta manera, el lector se deleita doblemente. Por un lado, asiste a la paciente reconstrucción que Aguilar Perdomo realiza de los jardines nobiliarios del siglo XVI. Por el otro, se sumerge en los libros de caballerías españoles y en sus huertas de ficción.

A partir de este análisis dialéctico, Aguilar Perdomo logra diversos aportes a la historia cultural del jardín y a la historia literaria española. El capítulo recoge los avatares del diseño y disposición de importantes jardines del momento como los del palacio de Cogolludo del II duque de Medinaceli, los del alcázar de Astorga del marqués Pedro Álvarez de Osorio, el de Abadía afiliado al III duque de Alba, el de El Bosque vinculado al IV duque de Béjar, los del Palacio Real de Valencia durante el virreinato de Mencía de Mendoza y hasta el de Valmonio, soñado por los

condes duques de Benavente, entre otros. Junto a estos avatares, la autora ahonda en el impacto que, con mayor o menor vehemencia, estos espacios tuvieron en los libros de caballerías, género al que los nobles propietarios de jardines estaban vinculados como dedicatarios de las obras. Así, de los jardines históricos el lector pasa a los jardines literarios del *Florisando*, el *Florambel de Lucea*, la *Tercera parte del Florisel de Niquea*, el *Valerían de Hungría*, el *Silves de la Selva* y el *Olivante de Laura*, por citar algunos.

En la variedad está el resultado. Aguilar Perdomo encuentra que, mientras algunos libros parecen insensibles a la intencionada revolución jardinera que estaban llevando a cabo sus dedicatarios, otros superan levemente los tópicos retóricos del *locus amoenus* y los encantos de Libanio con descripciones más elaboradas de los espacios de verdor. En este contexto, cabe mencionar el caso del *Clarián de Landanís*, libro de caballerías cuya compleja Huerta Deleitosa no se agota en la inspiración de los jardines de sus dedicatarios, los Mendoza, sino que abarca herencias más dispersas. Herencias que son explicadas a partir del viaje de las formas donde las cortes italianas, con Nápoles y Florencia a la cabeza, jugaron un rol fundamental como nodos irradiadores de modas jardineras vanguardistas.

En el segundo capítulo, *Los elementos del jardín*, Aguilar Perdomo disecciona las piezas compositivas de los espacios de verdor. Para ello, la autora recupera el concepto de gramática del jardín y aborda el mismo como un texto «en el que sus elementos pueden ser

entendidos como partes de una frase o incluso como signos de puntuación que guían y orientan al paseante en la comprensión y vivencia del espacio» (189). Así pues, la investigadora colombiana reconstruye el panorama jardinero a partir de sus elementos básicos: el agua, las fuentes y los caños, los estanques, las flores, los árboles, las aves, los laberintos y las pérgolas o cenadores.

La perspectiva se amplía en tiempo y espacio para completar el *puzzle* jardinero. El agua permite a Aguilar Perdomo viajar a través de siglos de cultura jardinera europea. Desde las sabrosas huertas árabes en Andalucía y Sicilia hasta las estructuras acuáticas renacentistas de los jardines napolitanos de Chiaia y Poggioreale o el de Bornos en Cádiz; desde los estanques de la *Fiammetta* boccacciana hasta las fuentes esculpidas en Valmonio y en el *Mexiano de la Esperanza*. Por supuesto, el diálogo entre historia y ficción se mantiene.

El mismo fundamento se aplica al estudio de la flora. Aguilar Perdomo parte de los jardines ornamentales y sus usos prácticos para luego evidenciar cómo la ficción complejiza la realidad, dotando de valor simbólico flores como las rosas y los claveles y dando lugar a sendos catálogos florales, como los del *Lidamarte de Armenia* y el *Flor de caballerías*, compuestos al calor de las exploraciones americanas y el renacimiento de la historia natural. El estudio de los árboles no corre suerte distinta. La dialéctica entre historia y poesía explica la convivencia de los naranjos reales odoríferos del Generalife y el Alcázar sevillano con sus hermanos de papel del *Platir* y el *Cristalián*.

Y qué decir de las aves, cuya carga poética se expresa en las calandrias del *Florindo* o en los ruiseñores del *Palmerín de Inglaterra* por las mismas fechas que el cardenal Mendoza creaba sus pajareras de Guadalajara, con especies exóticas traídas de América y Asia. El viaje de las formas vuelve a expresarse con mayor ahínco a la hora de abordar laberintos y cenadores. Los primeros, provenientes de Flandes, que no hallaron mayor acogida en España mientras los segundos, oriundos de Italia, encontraron refugio en Abadía, en las casas del duque de Béjar y en Aranjuez. No así en la ficción caballeresca, insensible a estos elementos jardineros.

Por último, en el tercer capítulo, *Los usos del jardín*, Aguilar Perdomo propone una tipología de utilización de los espacios de verdor. La investigadora recuerda que los jardines eran espacios polivalentes, «funcionales, contruidos para ser caminados, contemplados, disfrutados; destinados al retiro y la reflexión, el entretenimiento y el descanso: espacios, en definitiva, para ser consumidos de diversas maneras por sus receptores» (p. 362). Partiendo de este hecho, la autora distingue cuatro ejes: el jardín como espacio de amor, el jardín como espacio cortesano lúdico, el jardín como espacio medicinal y el jardín como gabinete cultural.

Nuevamente, la óptica cervantina es el fundamento para el análisis. Así queda evidenciado en el uso del jardín como espacio de amor donde destaca el tópico del *locus amoenus*, su presencia en obras como el *Primaleón* o el *Florambel de Lucea* y las propias experiencias de los nobles. Lo mismo ocurre respecto al

jardín como espacio de entretenimiento. Se trata de un uso singular, puesto que el jardín «se convierte entonces en doble espectáculo: en sí mismo por la dialéctica de naturaleza y artificio, como compendio del mundo y demostración del ingenio humano; y, en segundo plano, por lo que allí sucede, se representa o se celebra, adquiriendo así un sentido pleno de teatralidad» (390). Dicha teatralidad salta de la historia a la ficción y de la ficción a la historia. Es por ello que al igual que Felipe II festeja caballerescamente en los jardines de Binche o Abadía, los personajes de *El cortesano* de Luis de Milán o los del *Palmerín de Olivia* hacen lo propio en sus huertos de papel.

De este diálogo tampoco escapan los usos restantes. Notorio es el uso medicinal del jardín en obras como el *Amadís de Gaula* y el *Valerían de Hungría*, pero, también en la realidad coetánea, donde el paseo por espacios de verdor se consideraba un antídoto contra la melancolía. Sucede igual en el uso del jardín como gabinete arqueológico, una moda que llegó a España de Flandes e Italia y en el que destacan los jardines del duque de Alcalá. Por supuesto, los libros de caballerías también se hicieron eco de este fenómeno y no extraña su presencia en el *Clarisel* pues Jerónimo de Urrea, su autor, tuvo contacto con las modas italianas jardineras del *Cinquecento*.

Aguilar Perdomo concluye su investigación haciendo un llamado de tipo metodológico al abogar por la interdisciplinariedad. Y es que, precisamente, *Jardines en tiempos de los Austrias*

ensancha y amplía los límites de las disciplinas humanísticas. El jardín como objeto de estudio, al que la investigadora ha dedicado más de diez años de trayectoria académica, le permite partir de los estudios literarios para establecer contactos con la historia política, la historia de las mentalidades, la historia cultural, la historia del arte, de la arquitectura y del paisaje. El resultado es una nueva aproximación al fenómeno jardinero: el conocimiento de cómo esa arquitectura parlante da cuenta de los intereses ideológicos y políticos de sus propietarios, al tiempo que pone en primer plano su relación con la ficción más leída del momento, la caballeresca, plataforma de expresión que no estaba tan desvinculada de la realidad histórica como se ha defendido.

De igual forma, Aguilar Perdomo ofrece a la historiografía producida desde Hispanoamérica un modelo contemporáneo de investigación de alta calidad y una nueva cima para el hispanismo colombiano. La autora no solamente rompe las fronteras conceptuales y teóricas sino también geográficas, entregando a los lectores un trabajo excepcional y singular que, desde la perspectiva de la poética del jardín, entabla diálogos con otros investigadores que han abordado diversas facetas jardineras como John Dixon Hunt, Hervé Brunon, Vicente Lleó Cañal y José Tito Rojo. En definitiva, se trata de una investigación notable cuyo impacto historiográfico se hará notar en los próximos años.

Jesús Ricardo CORDOBA PEROZO
Università di Napoli L'Orientale